



P. Miguel A. Fuentes, IVE

LA SUPERFICIALIDAD

Virtus 15

Publico en este número de la Colección *Virtus*, dos temas relacionados entre sí. El primero es un breve estudio sobre la “superficialidad”, tema del que no es fácil encontrar escritos específicos, a pesar de ser tan importante y constituir uno de los vicios más extendidos y funestos. La casi nula bibliografía —al margen de ligeras alusiones en algunas obras ajenas al problema— pone en evidencia una gran falencia en la educación moderna que se caracteriza, salvo honrosas excepciones, por una perjudicial superficialidad.

El segundo trabajo es un artículo escrito hace algunos años y publicado en la revista *Diálogo*, que trata de algo estrechamente relacionado con la superficialidad —tanto como una de sus más célebres manifestaciones— y que he llamado, por las razones que explicaré en su lugar, el “síndrome del chanta”.

Tratándose de dos ensayos compuestos en circunstancias diferentes, contienen inevitables repeticiones, por las que pido disculpas de antemano.

El Autor

LA SUPERFICIALIDAD

“La precipitación y la superficialidad son las enfermedades crónicas del siglo”.
Aleksandr Solzhenitsin

I. El problema

1. ¿Qué es la superficialidad?

La profundidad es el interés por llegar al fondo de las cosas; la superficialidad, por el contrario, el desinterés por eso mismo; cuando se agudiza llega incluso a la renuncia de hacerse cargo de la verdadera causa o esencia de las cosas para navegar en la superficie de los fenómenos.

El interés por lo profundo, por la última causa y la verdad de cada cosa, permite al hombre, aunque no sin esfuerzo, aferrar la esencia de la realidad. El hombre profundo tiene un pensamiento “filosófico” o “metafísico”, es decir, capta las cosas “por sus causas”, y por ellas las explica. El superficial es “fenomenológico”: se limita a describir las cosas según sus apariencias; no sabe lo que son, sino cómo lucen ante él.

Al hablar de “pensamiento filosófico” no me refiero a la filosofía que estudiamos en los libros, sino a aquella que se adquiere en la escuela de la observación reposada y del sentido común; la que es accesible también a la persona sencilla y sin instrucción pero que no carece de un auténtico deseo de saber. Es, como anotó Aristóteles, la primera inclinación de todo ser racional: “todos los hombres desean naturalmente saber”¹. Esta tendencia ha forjado esa “sabiduría popular” que hallamos en el hombre sencillo pero despabilado, en las tradiciones literarias y en los libros sapienciales de la Sagrada Escritura.

El espíritu superficial también puede definirse como una incapacidad de interioridad. Esta actitud ancla a la persona en lo

¹ Aristóteles, *Metafísica*, I, 1.

exterior. Como consecuencia, el superficial, respecto de las cosas, solo percibe lo aparente, lo inmediato, pero se le escapa la esencia, que permanece inabordable para él; respecto de sí mismo, vive en la cáscara, volcado hacia afuera; por eso suele ser extrovertido y, como tal, comprador, simpático, atractivo. Pero se ignora a sí mismo, no se conoce a fondo, ignora sus verdaderas cualidades y sus defectos capitales. La persona que padece de superficialidad tampoco conoce verdaderamente a los demás, aunque crea tener de ellos ideas claras. De todo tiene una noción vaga y trivial.

Conrado Hock, en su clásica obra *Los cuatro temperamentos*, relaciona este defecto con el temperamento sanguíneo. Sin caer en la simplificación de circunscribirlo solo a él, sus observaciones son muy válidas: “El sanguíneo, dice, no penetra hasta lo profundo, ni va al todo, sino que se contenta con la superficie y una parte del todo. Antes de concentrarse en un objeto, el interés del sanguíneo ya se paraliza y desvanece por las nuevas impresiones que le ocupan. Es amigo de trabajos fáciles, vistosos, que no exigen demasiada labor intelectual. Y es difícil convencerle de este defecto suyo: la superficialidad; pues siempre cree haber entendido todas las cosas; así por ejemplo, haber comprendido bien un sermón, aunque la mitad del mismo haya estado muy lejos de sus alcances intelectuales”.

La superficialidad se traslada a los otros ámbitos de la personalidad en distintas formas: se manifiesta como inconstancia y volubilidad en la voluntad; como capricho en los afectos; como puerilidad en el humor; como debilidad en las resoluciones; frivolidad en el trato; y, a menudo, como sensualidad e incluso desenfreno. Con la superficialidad se relacionan diversos vicios, unos como sus causas, otros como sus consecuencias. Entre los más destacados señalemos la imprudencia, la mediocridad, la tibieza, la banalidad y la pereza.

Es un grave obstáculo para la vida espiritual, incluso en el caso de los religiosos y consagrados. La venerable Madre

Esperanza de Jesús dejó escrita, al respecto, esta sugestiva página²:

“Es muy de lamentar que, por el poco saber algunas religiosas se sirven de las cosas espirituales solo para la satisfacción de los sentidos, dejando el espíritu vacío, para que el jugo sensual les estrague buena parte del espíritu, bebiéndose el agua antes que llegue al espíritu, dejándole seco y vacío.

Viviendo en la superficie del alma, se vive también en la superficie de las cosas, porque quien no sabe penetrar en el fondo del alma tampoco sabe penetrar las profundidades de las cosas, se ocupa solo de lo exterior y así solo da importancia a las pequeñeces.

Así en los deberes y en sus obligaciones, pone su cuidado en la corteza más que en la savia y en el cuerpo más que en el alma.

El alma atada a las prácticas exteriores no puede volar; está aprisionada, encadenada y embotada.

Viendo las cosas por su aspecto mezquino se achica y se contrae”.

2. Superficialidad en las distintas esferas de la personalidad

La superficialidad puede afectar cualquiera de los planos de la personalidad: la inteligencia, la voluntad y los afectos. Por lo general estos defectos no se dan todos juntos en una misma persona, lo que constituiría un portento de superficialidad. Algunos renquean de un pie y otros del otro. Pero basta que descubramos esta tara en alguna de nuestras dimensiones para que tengamos suficientes motivos para ponernos serios y meter manos a la obra reparadora. Porque la superficialidad no combatida gana paulatinamente terreno en nuestro carácter, y sus rasgos se

² Fundadora de las Congregaciones de las Esclavas y de los hijos del Amor Misericordioso (1893-1983).

alternan, se suman y se combinan, pudiendo concluir por adueñarse de todo nuestro ser.

(a) La superficialidad en el orden del conocimiento

El concepto de superficialidad está ligado estrechamente al conocimiento y al juicio. Ordinariamente el conocimiento del superficial es insustancial, sus opiniones triviales y sus juicios infundados. La persona superficial es la que no “penetra”, no por incapacidad, sino por desinterés, más allá de la superficie. Si se tratase de una incapacidad natural tendríamos, en realidad, al “romo”, es decir, al de entendimiento obtuso y sin punta. Este es superficial por un tope natural, y, como tal, no tiene culpa de su límite. En cambio, la verdadera superficialidad tiene algo de pecado, de renuncia a una capacidad que no se quiere usar por una de dos razones: o pereza o sensualidad.

La superficialidad, ante todo, se corresponde en buena medida con el vicio de la *curiosidad*, si consideramos el objeto intelectual sobre el que esta recae, que es la apariencia de las cosas, la noticia fugaz y brillante, y, en suma, lo superfluo, intrascendente e innecesario³. Desde esta perspectiva, superficial es la persona que solo se queda en la epidermis de las cosas y de las personas. Le interesa el chisme y el comadreo, pero no el drama humano que estos transmiten; y quizá por eso mismo ahonda, sin darse cuenta, el infortunio del que hacen corrillo. Porque el curioso y chismoso incurre habitualmente en el pecado de difamación (si transmite verdades que manchan la honra ajena) e incluso en la calumnia (si hace circular falsedades); en ambos casos, si esto perjudica seriamente la fama al prójimo, bastaría para constituir una injusticia grave y, por tanto, un pecado mortal. Por eso dice san Pablo que estos vicios, que abundarán en los últimos tiempos, son propios de los que “no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad” (2Tm 3, 7). De los que los practican hay que guardarse mucho (cf. 2Tm 3,5).

³ Cf. Santo Tomás, II-II, 167, 1.

Mirando otro aspecto de la curiosidad, también es superficial el que descuida “lo único necesario” (cf. Lc 10,42) para dedicarse a lo menos necesario (aunque en sí no carezca de algún valor). “¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16, 26). Muchos curiosos se dedican al conocimiento, incluso con esfuerzo, de lo menos importante y secundario, *descuidando* lo más importante. Como resultado, quizá conozca muchos temas, incluso detalladamente, pero, como *ha descuidado* lo más importante, carecerá de la clave que da a esas mismas cosas su sentido último; este es el drama de la moderna ultra especialización, que afecta a quienes, aplicándose con desgastadora pasión al estudio de la fotosíntesis, olvidan lo que es un bosque.

En nuestra época, el curioso es el hombre “informado”, a quien la sociedad identifica puerilmente con el nuevo “sabio”. Muchos periodistas y los correlativos adictos a las noticias periodísticas son prototipos de este vicio. Pero el informado no es el que “sabe”, porque “saber” (que viene de *sabiduría*, y esta de *sapere*, saborear) alude a un conocimiento verdadero y necesario que se asimila y digiere, y explica la realidad por sus últimas causas, y para esto hace falta estudiar, meditar, sintetizar y elaborar. El conocimiento superficial es incapaz de educar; si bien se interesa de todo, su consideración es rasante, es simple *surfing*, y en pocos días carece de interés. Hoy en día las noticias más importantes solo se sostienen sobre el tapete una semana, a menos que algún interés particular se encargue de resucitarlas cada dos o tres días cargándolas de ingredientes escandalosos.

Una forma más elaborada de superficialidad intelectual es el llamado *pensamiento débil*, que es la filosofía que parece estar de moda a pesar de partir de la negación de la verdad objetiva y de la posibilidad de llegar a la verdad. Esto es hacer de la superficialidad casi una especie de sistema de pensamiento.

Un segundo vicio que se relaciona con la superficialidad es la *desmemoria*, o falta de memoria. No me refiero a la dificultad para retener nombres, caras, fechas, acontecimientos..., que puede ser una flaqueza material, sin implicaciones morales en quien la padece. Hablo, en cambio, de la impericia para conservar las

lecciones que nos dan los sucesos vividos. Como resultado, la persona no forja una experiencia adecuada; nunca llega a ser, lo que suele decirse “un hombre de experiencia”. La memoria, como aquí la estamos considerando, es la primera de las piezas claves de la prudencia: “para la prudencia se requiere tener memoria de muchas cosas”⁴; porque para descubrir la verdad en las cosas contingentes, cambiantes y variables, que es lo propio de la prudencia, “hace falta recurrir a la experiencia... (y ésta) se forma de muchos recuerdos”, dice Santo Tomás, apoyándose en Aristóteles⁵. No se trata de cualquier memoria, sino de aquella que *más que el mero hecho material*, retiene la *lección* que éste enseña; es decir, es la memoria de los hechos “reflexionados”, que conserva las lecciones aprendidas por la cogitativa (admoniciones, advertencias, etc.).

No sé si es más exacto decir que la falta de memoria reflexiva es causa de la superficialidad, o más bien que la superficialidad con que se afrontan las situaciones de la vida produce la desmemoria en esos hombres que “nunca terminan de aprender” la lección de sus yerros y sus aciertos. Me parece que se dan ambas cosas: la superficialidad engendra esta inexperiencia o desmemoria, y ésta, a su vez, alimenta la superficialidad.

Un tercer vicio relacionado con la superficialidad es la *falta de circunspección*, llamada vulgarmente, *indiscreción*.

La circunspección es otra de las partes integrales de la prudencia⁶; en concreto, es la que atiende a las circunstancias de un acto, para asegurarse que ninguna de ellas resulte inconveniente. Es la “prudencia en las circunstancias”, y permite que una persona se comporte comedidamente. También se la entiende como seriedad, decoro y gravedad en acciones y palabras. Indiscreto es quien indaga en los secretos ajenos, o habla de lo que debe callar, o pregunta lo que es inconveniente o lo que no le corresponde saber. Efecto de la indiscreción es la

⁴ Santo Tomás, II-II, 49, 1.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Cf. Santo Tomás, II-II, 49, 7

desubicación, es decir, el quedar fuera de lugar o “mal plantado”. Al que no evalúa las circunstancias, le acontece con frecuencia que sus comentarios o intervenciones, especialmente con bromas y alusiones jocosas, generan molestias, enfados, disgustos o fastidios. Más que a malicia, esto se atribuye a atolondramiento o inconsideración.

Otro defecto que engendra la superficialidad es la falta de *precaución o cautela*. A diferencia de la indiscreción, que es una carencia de prudencia en las circunstancias presentes, este otro defecto mira al futuro, y consiste en “no medir las consecuencias” de los propios actos. Se relaciona estrechamente con el defecto anterior porque a menudo quien no mira dónde está parado o quién y cómo es la persona que tiene delante, tampoco mide las consecuencias de sus palabras o de sus gestos. La precaución es también parte de la prudencia en sus aspectos prácticos⁷. Una consecuencia importante de esta carencia es la pobreza del *discernimiento* de la persona superficial. Es corolario de su falta de profundidad y, por tanto, de su inhabilidad para captar la verdadera esencia de las cosas y, como secuela, para distinguirlas entre sí. Hay realidades que se asemejan en las apariencias, pero que, para una mirada penetrante, no se confunden; por eso dice el dicho “no es oro todo lo que reluce”. Solo el superficial cree oro el oropel.

(b) En el orden de la voluntad

Desde el aspecto volitivo, la superficialidad se traduce como flojera e inconstancia en el querer.

También tiene que ver con la *curiosidad*, pero considerada ahora no en su objeto (lo superfluo y accidental) sino en el modo en que considera las cosas, que es la *flojedad o pereza*. De hecho, el superficial puede llegar a considerar, quizá por deber u oficio, cosas de suyo importantes, pero en general lo hará con lasitud y pesadez; como resultado, se quedará en la superficie.

⁷ Cf. Santo Tomás, II-II, 49, 8.

No hay que olvidar, como explica Santo Tomás, que la virtud que los antiguos llamaron “studiositas”, estudiosidad, “no dice una relación directa con el conocimiento, sino con el apetito y el interés por adquirirlo”⁸. Así, puede ser estudiosa una persona de pocas luces, y no serlo quien está dotado de grandes talentos. *Studium* en latín significa “empeño, afición, afán”; “studium ponere in aliqua re” quiere decir “poner empeño en algo”. Y reza el dicho: “non studio, sed officio”: no por afición, sino por deber. No se trata de cualquier tipo de empeño, sino específicamente del “mental”, es decir, del querer aplicar con vehemencia la mente a una cosa; como la inteligencia solo se vuelca hacia algo en el acto de *conocerlo*, de ahí que este empeño mental consista en el afán de conocer, es decir, de conquistar intelectualmente una realidad. En este acto hay un poco de inteligencia y mucho de volitivo, pues el estudioso no es el inteligente y capaz, sino el que pone ganas en el conocimiento de la verdad.

Bajo esta perspectiva, la curiosidad es una suerte de pereza para la conquista intelectual de la realidad, es decir, para descender hasta la esencia y el verdadero sentido de las cosas. De ahí que el curioso a menudo se detenga, por holgazanería, en aquello que es aparente, mudable, llamativo o simplemente externo.

Otra expresión indubitable y más nociva de la superficialidad en el plano volitivo es la *falta de compromiso* y la *poca o nula responsabilidad*. El superficial evita implicarse a fondo en cualquier cuestión, sea profesional como amorosa. Le gusta emprender obras, pero no se ata a ninguna, dejando siempre la puerta entreabierta para abandonar la faena o la persona si las cosas se ponen feúchas. En el plano amatorio el tipo del superficial es el “don Juan”, o el fugaz amante de una noche; en los demás órdenes es el informal, el irresponsable, el inconstante, o, como se dice en Argentina, el “chanta”.

(c) En el plano afectivo

⁸ Santo Tomás, II-II, 167, 1.

Emotivamente el superficial es la persona tornadiza, voluble e inconstante.

Actúa como las mariposas que se posan en cada flor solo un instante para saltar a otra al momento siguiente. Sus afectos son explosivos, imprevistos, pero se apagan rápidamente. Es simpático para quien lo trata pasajera, pero resulta deprimente cuando se espera de él algo serio. Corrado Hock, atribuyendo la superficialidad al sanguíneo, remarca su inconstancia: “Por no quedarse mucho tiempo las impresiones en el alma sanguínea, de inmediato se siguen otras. Consecuencia de ello es una gran inconstancia, que todos los que tratan con sanguíneos han de tener en cuenta, si no quieren desengañarse bien pronto. El sanguíneo es inconstante en su disposición de ánimo; rápidamente pasa de la risa al lloriqueo y viceversa; es inconstante en sus opiniones: hoy defiende con tesón lo que impugnó hace una semana; es inconstante en sus resoluciones: al proponérsele un nuevo punto de vista abandona sin remordimientos todos sus planes y proyectos anteriores; esta inconstancia hace, a veces sospechar que el sanguíneo no tiene carácter ni principios. El sanguíneo niega esta inconstancia, puesto que aduce nuevas razones para cada uno de estos cambios. No se fija lo bastante en que es necesario deliberar de antemano todas sus acciones para no entregarse sin más ni más a cualquier impresión u opinión. También en sus trabajos y diversiones es inconstante, queriendo sobre todo la variedad; se asemeja a la abeja, que volando de flor en flor liba de todas ellas tan solo la mejor; o un niño; que bien pronto se cansa del nuevo juguete recibido como regalo de sus padres”.

Por la superficialidad una persona dificultosamente *ama* en el sentido más propio de la palabra, porque el amor verdadero implica una entrega total, estable, permanente y sacrificada. En cambio, el superficial puede ser muy *enamorado*. Y su enamoramiento puede tener o bien visos románticos o cargados de tinte sexual. Nuevamente el emblema es, aquí, el “Don Juan”, pues el conquistador es la persona que entiende el amor como una actividad trivial, casi como una distracción o un deporte. Por

supuesto, hasta que se vuelve enfermedad y adicción, lo que suele ocurrir con cierta frecuencia⁹.

En muchos casos, el superficial constituye el tipo “ocurrente”, es decir, el que tiene chispa o cierto ingenio, con el que genera una risa fácil. Pero en general adolece de humor profundo. Porque, al guiarse por las apariencias, no puede ser más que “divertido”. El verdadero humor, en cambio, supone la captación de la realidad y del “ridículo” y el don de proponer algo en el momento oportuno... sin pecar de picardía (transformándose en payaso). La burla del superficial es pasajera, y no se propone dejar una enseñanza. Como no se suele hacer cargo de las situaciones y de las circunstancias, su gracia se transforma fácilmente en socarronería y bellaquería. El ingenio del superficial puede ser agudo, pero también es *desubicado*, es decir, fuera de lugar; e incluso puede ser ofensivo (quizá sin pretenderlo; más bien por la falta de recato).

Otra forma en que se expresa la superficialidad es la *prisa* y la *impaciencia* con cuanto exija tiempo y maduración. El superficial es, en esto, hijo de la civilización de lo inmediato, del “¡ahora mismo!”. Adolece de la moderación y pausa que requieren los asuntos de peso. Es un hombre *inquieto*, sin la calma del aplomado. Suele estar en constante movimiento, empezando numerosas actividades, y terminando muy pocas de ellas. Este tipo de personas se compromete con muchas tareas, manifestando un verdadero pánico al silencio y a la quietud. Ha perdido, si alguna vez la tuvo, la capacidad del “ocio”, necesaria para la vida intelectual, es decir, de la serenidad y la pausa para la meditación de los grandes asuntos.

Otra manifestación de la superficialidad es la *insatisfacción*, que deriva de la dificultad para el gozo auténtico. A la persona superficial le cuesta el “reposo del espíritu” y la contemplación. Como atiende a la superficie de las cosas, las “agota” prontamente, porque las sensaciones que producen las

⁹ Cf. Fuentes, Miguel, *La trampa rota*, San Rafael (2007), 49-60.

cáscaras son muy fugaces, y, en consecuencia, para llenar su atención, se ve obligado a pasar a otras, y así vive en constante movilidad y desasosiego. El moderno ejemplo de este modo de superficialidad es el *zapping*¹⁰, que algún psiquiatra se anima a clasificar como posiblemente adictivo¹¹. El *zapping*, o acto de saltar de un canal televisivo a otro, implica dos cosas: el aburrimiento o desencanto casi inmediato de una actividad, y la búsqueda de nuevos estímulos rápidamente gratificantes, en forma de situaciones o imágenes. Es cierto que la mayoría de las cosas que ofrece la televisión son insustanciales, pero también es evidente la dificultad que encuentra la persona superflua para interesarse intensamente por algo y penetrar en el fondo de cualquier asunto.

3. Las raíces de la superficialidad

La superficialidad puede tener causas diversas, porque, como hemos visto, este vicio tiene diversos modos de realizarse según las personas.

(a) Ante todo, hay causas que *predisponen* a la superficialidad. Las encontramos, como ya se ha dicho, en la base temperamental sanguínea, en la cortedad intelectual, en las taras hereditarias y en otros problemas por los que estas personas tienen gran dificultad en alcanzar un discreto nivel de abstracción. No ocurre lo mismo con la falta de educación intelectual. De hecho hay personas que carecen de educación o instrucción intelectual, pero son, de su parte, observadoras, cavilosas y prudentes. La ignorancia no equivale a superficialidad; en cambio, la ineptitud intelectual sí lo es.

(b) Tratando de las causas que implican cierta voluntariedad (sea próxima o remota), señalemos que, a menudo, ciertos modos de superficialidad (especialmente los que hemos

¹⁰ Neologismo que no es inglés a pesar de que lo parezca; en inglés se usan las expresiones "flip channels", "channel-hopping" o "channel-surfing".

¹¹ Cf. Rojas, Enrique, *El hombre "light"*, Booket (2003).

indicado como afectando el plano *intelectual*), tienen su génesis en un *estilo de vida demasiado sensual, cómodo e inmortalizado*. En los aspectos de la superficialidad antes mencionados se ha podido observar que muchos de ellos se oponen a la prudencia (desmemoria, falta de circunspección y de cautela...); precisamente al preguntarse, Santo Tomás, por la causa de algunos pecados contrarios a esta virtud, señala su origen en los vicios relacionados con la sensualidad¹².

Al tratar de los dones del Espíritu Santo de ciencia y entendimiento, Santo Tomás plantea los vicios que se les oponen y la causa de los mismos. Estos son la ceguera mental y el embotamiento del sentido. “La ceguera de la mente implica la privación total del conocimiento de los bienes espirituales”, “el embotamiento de la inteligencia, cierta debilidad mental en la consideración de los bienes espirituales”¹³. Este último, embotamiento o intelecto romo, tiene un estrecho parentesco con la superficialidad; la ceguera, en cambio, puede considerarse el posible desenlace del espíritu superficial¹⁴.

¹² Santo Tomás, II-II, 53, 6.

¹³ Santo Tomás, II-II, 15, 2.

¹⁴ “La perfección de la operación intelectual en el hombre consiste en la capacidad de abstracción de las imágenes sensibles. Por eso, cuanto más libre estuviere el entendimiento humano de esas imágenes, tanto mejor podría considerar lo inteligible y ordenar lo sensible. Como afirmó Anaxágoras, es preciso que el entendimiento esté separado y no mezclado para imperar en todo, y es asimismo conveniente que el agente domine la materia para poderla mover. Resulta, sin embargo, evidente que la satisfacción refuerza el interés hacia aquello que es gratificante, y por esa razón afirma Aristóteles en *X Ethic.* que cada uno hace muy bien aquello que le proporciona complacencia; lo enojoso, en cambio, o lo abandona o lo hace con deficiencia. Ahora bien, los vicios carnales, es decir, la gula y la lujuria, consisten en los placeres del tacto, o sea, el de la comida y el del deleite carnal, los más vehementes de los placeres corporales. De ahí que por estos vicios se decida el hombre con resolución en favor de lo corporal, y, en consecuencia, quede debilitada su operación en el plano intelectual. Este fenómeno se da más en la lujuria que en la gula, por ser más fuerte el placer venéreo que el del alimento. De ahí que de la lujuria se origine la ceguera de la mente, que excluye casi de manera total el conocimiento de los bienes espirituales; de la gula, en cambio, procede el embotamiento de los sentidos, que hace al hombre torpe para captar las cosas. A la inversa, las virtudes opuestas, es decir, la abstinencia y la castidad, disponen extraordinariamente al hombre para que la labor intelectual sea perfecta. Por eso

La inmoderación de los placeres carnales (voluptuosidad, borrachera, impudicia, glotonería, intemperancia, etc.) “deciden al hombre en favor de lo corporal” y “debilitan su capacidad intelectual”; lo vuelven incapaz o torpe para penetrar y entender las cosas, debilitan su habilidad para ir a lo profundo, produciendo más bien un embotamiento del sentido y un consiguiente disgusto por todo empeño que exija esfuerzo.

La mayoría de las veces, la superficialidad nace de la falta de austeridad en la vida. La vida en la que priman los sentidos es, evidentemente, una vida que privilegia las sensaciones; es decir, un volcarse hacia lo exterior, con detrimento del mundo interior del espíritu.

(c) Muchos de los casos en que la superficialidad afecta a la *voluntad* tienen por causa la *pereza*, que es una “repugnancia voluntaria y culpable al trabajo, y, como consecuencia, tendencia a la ociosidad, o al menos a la negligencia, a la pusilanimidad, que se opone a la magnanimidad”¹⁵. Como vimos más arriba, el superficial se queda en la corteza, sin bajar a la profundidad. El entrar en lo hondo de las cosas le resulta pesado, aburrido, fatigoso; por esa razón, elude el esfuerzo.

Relacionado con la pereza señalo también el *miedo*, porque la pereza es un miedo (temor y huida del esfuerzo); en este caso se trata del miedo al *compromiso*, a quedar atado a una responsabilidad y a un trabajo constante, firme y quizá de largo alcance; más todavía si por alguna razón *hay que dar cuenta a alguien* de la responsabilidad asumida.

(d) Otra causa de la superficialidad es el vicio de la *acidia*, que es “cierto disgusto de las cosas espirituales, que hace que las cumplamos con negligencia, las abreviemos o las omitamos por

se dice en la Escritura: ‘A estos jóvenes —es decir, a los abstinentes y continentes— les dio Dios sabiduría y entendimiento en todas las letras y ciencias’ (Dan 1,17)” (Suma Teológica, II-II, 15, 3).

¹⁵ Garrigou-Lagrange, R., *Las tres edades de la vida interior*, Madrid (1988), t. I, 449.

fútiles razones. La acidia es el principio de la tibieza”¹⁶. Alcuino sostenía que de este vicio se derivaban ocho consecuencias: somnolencia, pereza para las buenas obras, inestabilidad de lugar, vagabundeo de lugar en lugar, tibieza para trabajar, tedio del corazón, murmuración y verbosidad (*inani loquia*)¹⁷. Varios de estos defectos se relacionan estrechamente con la superficialidad. Santo Tomás resumió estas consecuencias en seis pecados: desesperación, pusilanimidad, incumplimiento, amargura, malicia y divagación por lo prohibido¹⁸.

En particular la superficialidad tiene mucho que ver con este último. En efecto, la “divagación” implica inestabilidad del alma, curiosidad, verbosidad, inquietud corporal e inestabilidad local (o sea, el cambiar de lugar innecesariamente). Divagar significa “apartarse del asunto que se debe o se está tratando”. Indica aquí el dirigirse hacia lo ilícito como fruto de la huída de los bienes sobrenaturales por resultar, estos, áridos o faltos de gusto para el alma tibia. El acidioso, aunque tardo para las realizaciones concretas, deja que su imaginación vuele a los cerros de Úbeda, construya castillos en el aire, o tenga sueños en los que él es protagonista de cuanto no hace en la vida real. Todo lo cual no solo es una pérdida de tiempo sino que suele terminar siendo ocasión de pecado.

Esta divagación puede verificarse en todos los órdenes: en el hablar (verbosidad), en el conocer (convertido en curiosidad), en los propósitos (inestabilidad del alma), en el reposo (permanente desplazamiento de un lugar para otro, e incluso agitación física). Es una consecuencia natural de la flojedad para entregarse generosamente a Dios, como explica muy bien San Juan de Ávila: “Si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios, allende de ser desleal al Señor que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio tomando la cruz por nos con gran denuedo, sobrándole amor y faltándole que padecer; más aún:

¹⁶ Garrigou-Lagrange, R., *Las tres edades de la vida interior*, Madrid (1988), t. I, 450.

¹⁷ Cf. Alcuino, *De virt. et vitiis*, c. XXXII-XXXIII; PL 101,635; cit. por Vanteenberghe, loc. cit., col. 2029.

¹⁸ Cf. Santo Tomás, II-II, 35, 4 ad 2 y 3.

vivirá una vida tan miserable que de penada la haya de dejar; porque como el tibio no goza de placeres de mundo por haberlos dejado con un poco de buen deseo, y como por falta de diligencia no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos gravísimos que le hacen, en fin, dejar el camino y con miserable consejo buscar «las cebollas de Egipto» (Núm 11,5) que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto”¹⁹.

(e) También es causa de la superficialidad, la *vanidad*. El que vive “de cara al mundo”, buscando brillo, aplauso o aprobación, necesariamente tiene que privilegiar lo exterior y las apariencias, porque son estas las que se ven y relumbran. El hombre que vive despreocupado del qué dirán y de la aceptación ajena, es profundo porque se vuelva hacia la vida interior y hacia Dios, que es lo más íntimo de nuestra propia intimidad. La vanidad muchas veces funciona como segundo platillo de una balanza en la que el primer platillo es el miedo que ya hemos mencionado. De este modo, por miedo se rehúye la responsabilidad, pero por vanidad se la busca cuando da brillo. Por tal motivo encontramos a muchos superficiales ambicionando puestos y cargos para los que son incompetentes.

Estas causas no son las únicas, pero sí las principales.

II. La lucha contra la superficialidad

Es difícil lograr que una persona superficial comprenda que tiene un problema serio, porque no llega a captar que se trata de algo grave ni aún cuando se le habla con franqueza. A menudo solo se percata cuando toca fondo, y esto no siempre.

La superficialidad es un notable obstáculo para la vida intelectual, moral y espiritual; y, sobre todo, para la conversión. Porque el superficial se resiste a todo cambio profundo, y siente

¹⁹ San Juan de Ávila, *Epistolario*, carta 138, en: *Obras completas*, t.V, Madrid (1970), 513.

tedio por todo trabajo verdaderamente interior que exija un esfuerzo prolongado y tenaz.

Si se quiere vencer la superficialidad hay que atacarla en todos los campos.

1. En el orden intelectual —o, si se quiere, práctico-intelectual— la superficialidad se combate con la adquisición y el crecimiento de la virtud de la prudencia. Un buen plan de trabajo con esta finalidad puede trazarse siguiendo el orden de los distintos elementos que integran esta virtud y que fueron indicados por Santo Tomás respaldándose en la gran tradición de los pensadores antiguos (en particular Aristóteles y Cicerón). Los cinco primeros pertenecen a la prudencia en su aspecto más cognoscitivo; los tres últimos a la misma en su aspecto práctico o ejecutivo:

- (a) La memoria, que ya hemos llamado “reflexiva”, y que consiste en meditar y guardar las grandes lecciones que nos dejan nuestros aciertos y yerros pasados (e incluso los ajenos, pues a menudo conviene “escarmentar en cabeza ajena”); este es el único modo de no tropezar dos veces con la misma baldosa. Y aquí tiene origen la experiencia humana. Exige la “purificación” de la memoria, como dice San Juan de la Cruz, a través del perdón de las ofensas y de la esperanza de los bienes auténticos futuros (en particular, los sobrenaturales y eternos).
- (b) La inteligencia, en el sentido de “adecuado conocimiento de los principios del orden moral”. Mal podemos esperar manejarnos con prudencia si desconocemos los principios rectores de la vida moral, pues esta virtud no es otra cosa que la aplicación correcta de esos principios a cada situación particular.
- (c) La docilidad, es decir, “saber dejarse decir algo”, como expresa J. Pieper. Uno se hace prudente en la medida en que escucha a los mayores, los consulta y acata con docilidad sus consejos. Porque, como dice Santo Tomás: “En las cosas que atañen a la prudencia, nadie hay que se

baste siempre a sí mismo”. El valor de las canas para acertar en la vida es recordado a menudo por la Sagrada Escritura: “No te apoyes en tu prudencia” dice el libro de los Proverbios (3,5), y el Eclesiástico (6,15) menciona explícitamente el valor de los hombres añosos: “busca la compañía de los ancianos y si hallas a algún sabio, allégate a él”. El orgulloso nunca alcanza la prudencia porque solo la humildad nos permite ser buenos discípulos de otro.

- (d) La sagacidad, o habilidad para descubrir los medios que conducen rápida y fácilmente a un fin. Esta sagacidad no se adquiere si no aprendemos a “observar” la realidad o si no “recapacitamos” sobre ella. A menudo no vemos cosas que tenemos debajo de las narices, o viéndolas no las entendemos, porque nos falta reflexión; podemos ser curiosos y no ser reflexivos.
- (e) La capacidad de razonar, es decir, de investigar y aplicar con lógica los principios intelectuales y morales. A menudo razonamos de forma desatinada, incongruente y sofística, porque estamos dominados por pasiones que nos empujan a justificar lo inexcusable. Un hombre ofuscado por las pasiones jamás piensa prudentemente.
- (f) La previsión, es decir, saber apreciar, con un certero golpe de vista, el probable desenvolvimiento de nuestras acciones. Si bien es cierto que algunas consecuencias derivadas de nuestras decisiones son inesperadas y nos toman por sorpresa, la mayoría de ellas pueden preverse y están contenidas *in nuce* en nuestros actos. Casi siempre es la irreflexión y la prisa la causa de nuestras imprudencias.
- (g) La circunspección, es decir, atención a las circunstancias de nuestros actos; saber ubicarnos, es decir, tomar conciencia de dónde y frente a quién estamos parados, para divisar prontamente las circunstancias que pueden hacer de ciertos actos, intervenciones inoportunas o inadecuadas.

- (h) Finalmente, la precaución y el discernimiento para que en nuestras decisiones no se mezcle el mal bajo apariencia de bien.

2. En el mismo orden intelectual hay que vigilar los pensamientos en los que ponemos la cabeza (serios, importantes, o, por el contrario, vanos, superficiales o inútiles). Asimismo, se debe observar el flujo que llevan estos pensamientos, apuntando a ser pausado y evitando la innecesaria premura. En otras palabras: saber reflexionar.

3. En las lecturas hay que esforzarse por evitar las superficiales. Hay tres clases de obras: los clásicos (que tienen un valor imperecedero), los libros de “pasatiempo”, y los de “perdetiempo”. El superficial consume mucho de los últimos, algunos de los segundos, y poco y nada de los primeros. La lectura de pasatiempo no es mala, siempre y cuando se seleccionen bien las obras, no tengan contenido inmoral y no se les dedique un tiempo exagerado o las tomemos como norte de nuestra vida y costumbres. Cuando se convierten en nuestro principal alimento intelectual fosilizan la superficialidad que ya poseemos o nos vuelven superficiales si aún no lo somos.

En nuestro tiempo un peligroso aliado de la superficialidad son los periódicos y las demás fuentes de noticias, que se han vuelto tanto más peligrosas cuanto se ha facilitado el acceso mediante Internet. El periodismo es el reino de lo fugaz y contingente; y al volverse, como ha ocurrido en las últimas décadas, una mera industria y negocio, ha sacrificado la verdad y la profundidad en el ara del circo y del negocio. Se comunica lo que vende y en la medida en que vende; y, lamentablemente, la verdad no siempre vende a diferencia del escándalo y de la crónica amarilla. De ahí que, excepción hecha de un reducido lote de eminentes profesionales, el periodismo ha convertido nuestro mundo en un gran conventillo, es decir, en el reino del chisme, de la murmuración, de la difamación y de la calumnia. Los periódicos impresos y los noticieros radiales y televisivos, si no son muy seleccionados y medidos, pueden tornarse, para muchos, en la gran universidad donde se gradúan en superficialidad.

Hay que volver a los clásicos. Quien quiera vencer la superficialidad debe esforzarse por *conocer y gustar* los clásicos de la literatura universal. En el plano espiritual recomiendo aproximarse a San Juan de la Cruz, San Juan de Ávila, Santa Teresa, los dos Luises, el de León y el de Granada... y aprender de ellos la profundidad de la vida espiritual y la belleza de la lengua, incluso cuando ésta exige, como ocurre a menudo, un frecuente recurso al diccionario. También se debe apuntar a los clásicos modernos de la literatura cristiana como Menéndez Pelayo, Donoso Cortés, Jaime Balmes, Menendez Pidal, J. H. Newman, Hillaire Belloc, G. K. Chesterton, C.S. Lewis, L. Castellani, etc.

Un buen ejercicio práctico, en este orden de cosas, podría consistir en leer cada día al menos un proverbio de la Sagrada Escritura (de los libros de los *Proverbios*, *Sabiduría*, *Qohelet*, *Sirácida*) y hacer el esfuerzo de meditarlo, comentarlo y desentrañar los profundos significados que encierra y sus aplicaciones. También, a quien sea capaz y se anime, le resultaría muy eficaz leer un par de veces a la semana algún artículo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, intentando entenderlo, estructurarlo y estudiarlo. Uno o dos meses dedicados a estas ejercitaciones pueden modificar para bien el carácter de una persona.

4. La oración. El gran antídoto contra la superficialidad es la oración verdadera; es decir, la que lleva al verdadero contacto con Dios. No se puede rezar bien y caer en la superficialidad o continuar en ella. Si se reza mal, ya es otra cosa. Porque si se reza bien, Dios golpea al alma purificándola, e invitándola a una continua conversión y ascensión del alma hacia la santidad.

Para alcanzar una oración profunda mucho ayuda rezar con la Sagrada Escritura, por ejemplo, haciendo *lectio divina*²⁰.

²⁰ “Lectio divina” quiere decir meditación orante de la Sagrada Escritura. Consta de cuatro pasos: 1º la *lectio* (lectura), en que se lee la Palabra de Dios lenta y atentamente, de modo que penetre dentro de nosotros (para esta forma de oración se puede escoger cualquier breve pasaje de la Escritura); 2º la *meditatio* (meditación), durante la cual se reflexiona y se rumia el texto bíblico a fin de que extraigamos de él, lo que Dios quiere darnos; 3º la *oratio* (oración), que es

También el meditar los grandes temas de la vida eterna (muerte, juicio, cielo, infierno), pues, como dice el Sirácida: “piensa en tus postrimerías y no pecarás” (Sir 28, 6), lo que equivale a “piensa en tus postrimerías y no caerás en la superficialidad”, porque

dormir sobre la aspereza
de estos hondos pensamientos
importa más que tener
por almohada piedra o leño.

5. En el plano de la voluntad la superficialidad se combate forjando una voluntad decidida y enérgica, es decir, la que un hombre necesita para secundar los dictámenes de su prudencia. El principal obstáculo para la profundidad y seriedad con las cosas, proviene de la pereza que paraliza el empeñarse a fondo en cualquier empresa y empuja al constante cambio cuando aprieta el tedio y el aburrimiento. En la medida en que este vicio se apodera hasta de los tuétanos del alma, más pronto se produce el hastío y el desinterés y más rápidamente se abandona lo que se tiene entre manos para *evadirse* en alguna nueva actividad, en una especie de *zapping* de acciones. Porque el activismo de quien emprende nuevos quehaceres sin haber terminado los anteriores, nace de la pereza y no del ardor volitivo.

Asimismo, para vencer la superficialidad, o para evitarla, hay que cultivar algunas virtudes relacionadas con la fortaleza: la *magnanimidad*, para elegir las obras de verdadero fuste y no las menudencias en las que suele embarcarse el ánimo trivial; la *perseverancia*, que empuja a persistir en la obra cuando ésta debe alargarse en el tiempo; y la *constancia*, que es la tenacidad para continuar lo comenzado a pesar de los obstáculos.

De modo especial hay que combatir la superficialidad forjando el sentido de la *responsabilidad*. Responsable es el que asume el peso de responder por una empresa o por la palabra

el momento de rezar a Dios usando aquello que nos ha sugerido la lectura y meditación del texto; 4º por último, la *contemplatio* (contemplación), en la cual sencillamente reposamos en la Palabra de Dios y escuchamos, en lo más profundo de nuestro ser, la voz de Dios que habla dentro de nosotros.

empeñada. Con la responsabilidad se relaciona la capacidad de *compromiso*, es decir, atarse a una promesa con intención seria y ponderada de no desvincularse de la obligación contraída a pesar de las dificultades y adversidades que puedan surgir más adelante. El hombre responsable y comprometido hasta el fin es el antagonista del superficial.

6. La superficialidad también se debe enfrentar en las palabras, es decir, en las conversaciones, tanto en el fondo como en el modo. Porque el superficial o conversa de temas intrascendentes, o, cuando el tema es de importancia, tiende a hacerlo frívolamente y con desgana, a desviarlo, o a aguarlo; a veces con bromas que no vienen al caso, o disparándose como la liebre por donde den pie alusiones que quizá no sean más que accidentales al tema tratado.

El superficial también puede ser, en su hablar, aniñado o vacío, en los temas o en el modo. También puede ser, y a menudo lo es, brillante y hasta ameno, pero infundado en sus apreciaciones. Por lo primero se lo busca porque entretiene; por lo segundo se le presta poca confianza a sus afirmaciones.

Es necesario, por este motivo, examinar si las conversaciones son habitualmente superfluas en los temas elegidos, en el tono con que se cuentan las cosas, en el estilo y oportunidad con que se hacen las bromas y burlas, en el modo de reírse y en las cosas que nos causan gracia. Digo “habitualmente”, porque hay ocasiones —sea como distensión necesaria o por caridad con quien está excesivamente enfrascado en sus problemas— en que se justifican ampliamente.

La profundidad se relaciona con el silencio. El hombre profundo busca el silencio, al menos, de vez en cuando; porque necesita ordenar sus ideas, masticarlas y hablar con Dios. Y para esto la bulla es el mayor impedimento.

7. También en los gestos y actos externos se trasluce la superficialidad y allí también se la debe enfrentar. Expresión de superficialidad es el hablar estruendoso, el hacer aspavientos, el tener gestos aniñados o el obrar infantilmente, porque en todas

estas cosas se busca, a menudo, llamar la atención, y la vanidad y la ostentación son signos de superficialidad.

La superficialidad se manifiesta también en el valor que se da a lo accesorio y externo. Un tipo de mujer superficial se reconoce en la cantidad de adornos y aderezos que se echa encima, que llegan en algunos casos, a ser más numerosos que los de una mula enjaezada para la feria. Mientras más apueste a lo de fuera, más invita a sospechar que poco debe haber dentro. En la lucha contra la superficialidad es muy importante el deshacerse de lo innecesario y superfluo.

* * *

En suma, que

la vida interior importa
más que los actos externos,
no hay obra que valga nada
si no es del Amor reflejo;
la rosa quiere cogollo
donde se agarren sus pétalos.

La profundidad, la circunspección, el compromiso y el aplomo, son el cogollo que mantiene con firmeza todos nuestros actos externos, para que nuestro paso por este mundo no sea un mero aluvión que arrasa cuanto encuentra a su paso sin sembrar vida, sin fruto, sin provecho.

EL SÍNDROME DEL “CHANTA”

Quien tope con un artículo sobre el “chanta” es posible que crea tener entre manos un escrito humorístico. No es el caso. El tema puede invitar también al llanto, pero lo tratamos porque bajo muchos aspectos, este *carácter* singular encarna el modo más acabado de la superficialidad.

El “idioma argentino”, o castellano que se habla en la Argentina, es muy rico en la creación de neologismos, en parte por influencia del lunfardo²¹. Uno de esos términos es *chanta*. ¡Y qué término! Ha llegado a convertirse en un concepto medular e irremplazable de nuestra expresión cotidiana. Porque por *chanta* nosotros, los argentinos, designamos pura y simplemente al chanta, el cual –como lo comprendemos los argentinos– no puede definirse cifradamente con ningún otro término. Las demás palabras son aproximaciones.

Chanta (que no existe hasta ahora en el *Diccionario de la Real Academia Española*, ni en el *Panhispánico de Dudas*) es un apócope de *chantapufi*, argentinismo derivado probablemente del genovés *ciantapuffi* o *ciantapuffa*, cuyo significado es algo así como “el clavador de clavos”. La palabra originalmente designó al individuo indigno de confianza, pero su aplicación fue ampliándose al informal y tramposo, a la persona que contrae deudas sin intención de saldarlas, al mentiroso o malintencionado... El vocablo a su vez admite una serie de variantes y ricos matices: el chantún, el re-chanta, el superchanta, el chanta de cuarta, la chantocracia...; hablamos de los que “se tiran a chanta”, los que “se hacen los chantas”, los que “se chantean”... Estirando un poco más los abusos del lenguaje, me

²¹ “Jerga que originariamente empleaba, en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, la gente de mal vivir. En parte, se difundió posteriormente por las demás clases sociales y por el resto del país” (*Diccionario de la Real Academia Española*).

tomo el atrevimiento de sustantivar el adjetivo y hablar de “chantunez”, la propiedad que cualifica al chanta.

Si el término *chanta* es un argentinismo, el chanta, en cambio, no es una marca registrada de nuestras pampas sino que tiene una presencia universal. A veces, por los naturales enojos que nos causan nuestros coterráneos, los argentinos nos auto-acusamos de ser chantas, como si este fuese un vicio exclusivamente nacional. No es así; quizá tengamos marcadísimo un grotesco gusto por el “protagonismo”, por el cual los argentinos chantas no son chantas que se contenten con un papel secundario; son chantas estrellas, que donde van brillan y se lucen irradiando su carácter de chantas. De ahí que, a causa de los chantas que hacen su anual gira turística, cultural o semirreligiosa, todos los autóctonos nos liguemos la etiqueta, por la solidaridad en el vituperio que une a los miembros de un mismo pueblo. Pero el síndrome del chanta es universal. Los hay de todos los pelajes: argentinos, brasileños, peruanos, italianos, españoles. Nos topamos con suizos que en lugar de “relojitos” son chantas simples y ramplones; alemanes que en lugar de reencarnar la eficiencia no son más que chantas comunes y corrientes; ingleses que se distinguen de un chanta argentino solo porque toman el té levantando la punta del meñique; franceses tan chantas como cualquier chanta de Mataderos, *e così via dicendo*. Gracias a Dios, se puede decir lo mismo de los antichantas: hay infinidad de argentinos gauchos como Martín Fierro, yankees leales como el John Wayne de *El Álamo*, suizos puntuales como un Rólex y congoleños que parecen técnicos japoneses. El bien y el mal, como enseña Jesucristo, están mezclados como el trigo y la cizaña... hasta que llegue el momento de la siega.

La historia y la literatura nos han transmitido las efemérides de célebres chantas. Basta leer la picaresca española y encontraremos magníficos ejemplos en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Quijote*, en *La Celestina*. Charles Dickens describió una surtida gama de personificaciones chantunes en sus inolvidables *Oliver Twist*, *David Copperfield*, o en los *Papeles póstumos del club Pickwick*. Y Poquelin, es decir Molière, hizo lo suyo en su *Tartufo*, en *El médico a palos* y en *El enfermo imaginario*.

Es mérito criollo haber acuñado tan espléndido término que en una sola palabra encierra la ristra de peculiaridades que pretendemos manifestar cuando tachamos a una persona de “chanta”. Por eso hablo de “síndrome”, es decir, de un conjunto de síntomas. Por nuestra natural tendencia al humor irónico (que tanto zahiere a los extranjeros que, sin comprenderlo, piensan que queremos humillarlos o nos creemos superiores –lo cual no siempre es nuestra intención) nos resulta muy fácil encontrar apodos y epítetos ajustadísimos a la realidad. Este es uno de esos casos.

1. El cuadro complicado

En el síndrome del chanta hay varios elementos que concurren al cuadro: intelectuales, volitivos e incluso afectivos.

(a) Al calificar de chanta a una persona juzgamos que ese prójimo, intelectualmente, tiene un descarado desinterés por la verdad. No se trata necesariamente de alguien que no estudia. Hay chantas que van a la universidad, que ejercen de profesores, de científicos, de eruditos y de especialistas; y no todo es timo en ellos (el docto chanta no es el chanta que se las da de docto). El desinterés puede darse en un solo campo de la verdad, pero si éste es un campo esencial, afectará como consecuencia a la integridad de la persona derivando en chantunez. Hay chantas que se dedican a la filosofía, pero carecen de cualquier preocupación por conocerse a sí mismos, siendo ayunos de la más filosófica e importante verdad, como ya subrayó el benemérito Sócrates. Otros conocen el universo y las posibles hipótesis para explicar su expansión, pero ignoran dónde están parados en la vida, cuál es el estado de su alma; y no se les da un bledo averiguarlo. Pero la verdad es como una esposa celosa que no admite infidelidad alguna; por eso, el desprecio por cualquier campo esencial del saber (y el conocimiento de sí mismo, del fin del hombre, de las verdades eternas, del cielo y del infierno, son verdades esenciales que no nos podemos dar el lujo de gambetear ni por amor a la teoría cuántica ni por el átomo de Bohr) es abandono culpable de

lecho y techo de la verdad con la que estamos acollarados por razón de naturaleza.

(b) Esto se conjuga con dificultades volitivas en donde las variantes van del vago al abúlico, y del indolente al haragán e incluso al sinvergüenza. Para los familiarizados con Ignacio de Loyola, los chantas se encuadran en los dos primeros “binarios de hombres” con los que el santo califica los diversos tipos de voluntad; es decir, con el *veleidoso* que jamás llega a un “quiero”, acorralándose en el eterno y estéril “quisiera-querría”, y el *curretero* (*currar*, que viene del caló –lenguaje de los gitanos españoles– sí está admitido por la *Real Academia* y significa entre otras cosas “estafar”) que dice que “quiere”, pero intrincando de tal manera las cosas que a la postre *hace-lo-que-se-le-da-la-gana* creyendo él –y haciendo creer a los demás– que *hace-lo-que-tiene-que-hacer*.

(c) En el plano afectivo, según el tipo de chanta, podemos encontrar incuria, abandono, una infaltable cuota de superficialidad, un febril pero inútil movimiento, locuacidad incansable, inestabilidad emocional, insensibilidad, etc., todo esto unido, en muchos casos, a un enorme derroche de simpatía.

2. La rica gama

En la amplia combinación de estos elementos se da el *degradée* de esta personalidad. Yo resaltaría algunos *tipos* más destacados.

(a) Tenemos, para empezar, al *chanta-a-secas*, o simple chanta. Es el más próspero género de los chantas. Es el individuo facundo, por lo general dicharachero y buen humorista, simpático, palabrero, fácil para ofrecer una mano (que nunca da del todo o retira cuando más falta hace); pronto para brindar su amistad pero irremediablemente voluble en ella; que promete como loco pero cumple tarde, mal y nunca. El chanta-a-secas o chanta básico suele ser el centro de diversión de sus amigos, porque tiene facilidad para hacer sonreír y hasta reír (dos cosas que no hay que

confundir); tiene ocurrencias, salidas, ingeniosidades que lo hacen entrador. Pero no percibe que cuando hay que poner el lomo los demás, si tienen dos dedos de frente, no cuentan con él. El chanta elemental no es un amigo (amistad es una palabra de peso) sino un conocido, un tipo divertido, un bufón. Estos chantas pueden ser negligentes (o sea, incapaces de empezar una obra que deben o se han comprometido a hacer) aunque con frecuencia caen más bien en la inconstancia, es decir, comienzan y dejan todo a poco de empezar o a medio hacer. Es el *holgazán alegre*. Meten en un brete a todos los que confían en ellos, ya que quien cree a un chanta se lanza a una empresa confiando en una ayuda que jamás llegará. Después tiene que arreglarse solo como un ermitaño. En Argentina a esto le decimos “clavarse”.

(b) Sigue el *chanta disimulado*. Este no es menos chanta que el anterior, ni más responsable, pero tiene una original habilidad para disimularlo o para afectar respetabilidad, formalidad y seriedad. El chanta disimulado habla de temas que desconoce como si los dominara; suple su ignorancia con una verborrea fascinante; usa palabras que nadie entiende pero impresionan y le dan aire de entendido; con una taza de café delante –y de whisky ni qué hablar– es capaz de disertar de política internacional, economía, religión, táctica militar, regulación de la natalidad, polo, historia del fútbol o educación de los hijos (a pesar de que los suyos suelen ser un tiro al aire); y esto “cantando la justa” en todo campo. Se mete en todo sin intención de hacer nada en serio. Si es profesor (rubro en el que esta especie abunda –“lo mismo un burro que un gran profesor”) esquiva estupendamente las preguntas difíciles del alumnado, que él ignora o no entiende, incluso retándolos por no leer esos temas en la bibliografía que ha sugerido en los apuntes (sin saber si allí se mencionan o no), o bien diciendo que esas cuestiones se verán más adelante (confiando que el interés y la memoria se diluyan con el tiempo), o bien que eso es competencia de otra cátedra, pateando así la pelota a la tribuna... de sus colegas. Se parece al

charco: en él se reflejan el cielo y la tierra, pero no es más que un poco de agua sucia sobre barro²².

(c) Señalaría luego al *superchanta*. A éste le importa un bledo la verdad y si le cae entre manos la trata precisamente como si le importase un bledo; salvo que hacer plata con ella. Por eso, sin faltar el respeto a nuestra fe, podríamos rezar el Credo con la pequeña piadosa modificación diciendo: “padeció bajo el poder *del chanta* de Poncio Pilato”. El aseadísimo Procurador que pretendió arreglar su conciencia con agua y jabón se ha convertido en el figurín y patrono de esta lamentable raza. Hoy en día la encarnan con su misma dignidad y prosopopeya, la marejada de curanderos, manosantas, brujos, santeros, terapeutas alternativos, tarotistas, y verseros generales que se ha abalanzado sobre nosotros como un tsunami contracultural. Y sobre todo la inmensa mayoría de la corporación periodística (dejemos a salvo ese honesto grupúsculo que vive perdido en el mundo de las noticias como perlas en un lodazal) para la cual la verdad es un concepto del que se puede disponer según las conveniencias de la ocasión. Creen que la verdad es algo vacío de contenido, tal vez por proyección indebida hacia la verdad de lo que han descubierto mientras se afeitaban ante el espejo. Los periodistas mercan con la verdad, la ocultan, la tuercen, la tumban cabeza abajo, y la revesan –elegante término castellano que significa vomitar sin sonar tan grosero como este último– sobre sus lectores u oyentes cuando ya es indigerible y está años luz del sentido auténtico y original. Los periodistas se han comprometido –quizá con el diablo que es, como dijo Jesús, padre de todos los mentirosos– a exacerbar los siete vicios capitales en esta pobre humanidad que ya por sí misma necesita poco para descarriarse; son responsables de mucha de la confusión, de la mentira, de la violencia, de la

²² La imagen es de Chesterton: “Un charco repite el infinito y está lleno de luz; sin embargo, analizado objetivamente, un charco es una capa de agua sucia extendida muy superficialmente sobre barro. Las dos grandes universidades históricas de Inglaterra tienen todo este brillo reflejo vasto y plano. Repiten el infinito. Están llenas de luz. Sin embargo, o, mejor dicho, por otra parte, son charcos —charcos, charcos, charcos, charcos” (*Manalive*). Eso mismo es un chanta.

prostitución de las inteligencias, de la cretinización de las masas, de las desviaciones morales y de la sangre que se derrama en nuestros días. ¡Destruir la verdad tiene consecuencias gravísimas!

(d) Finalmente el vulgo habla del *chanta-de-cuarta*, término con el cual los argentinos calificamos al que se graduó de mentiroso y estafador congénito. El así reputado es el que promete lo que sabe que no va dar, no por debilidad o falta de recursos, sino porque no se le da la gana. Ofrece mintiendo, vende lo que no tiene, afirma –jurando y perjurando si viene al caso– lo que sabe falso, jura “por estos santos Evangelios” mientras ordinariamente viola nueve de los diez mandamientos divinos, cacarea sin intención de poner huevos, amenaza sin voluntad de castigar, garantiza lo que es una farsa. El chanta de cuarta jura por la vida de su madre (“¡que es una santa!”), de sus hijos (“¡a quien quiero más que mis ojos!”) o de su esposa (“¡sin la cual no sabría cómo vivir!”) pero a quien está dispuesto a venderlos a todos juntos por dos monedas si con esto hiciera carrera o lo hiciera salir de un brete. Ayer, hoy y siempre, los malos *políticos* son el exponente más aventajado de los *chantas-de-cuarta*. En los tiempos que corren el político que pretenda no pertenecer a esta clase debería demostrarlo resucitando un par de muertos, por lo menos.

3. Lo que hay bajo la alfombra

El del chanta es un estado de transición hacia el hipócrita. Transición que se marca por la conciencia que tiene el chanta de ser chanta y por el sentido de culpa que lo acompaña. En un primer estadio el chanta es inconsciente de su suerte y consiguientemente no tiene sensación de culpa. En los intermedios hasta cierto punto lo sabe, pero se lo oculta a sí mismo o lo disimula, camufla su chantunez tratando de convencerse a sí mismo de la sinceridad de sus promesas o de la franqueza de sus propósitos y lloriquea cuando no le creen; pero en el fondo percibe que es un fracasado –como todos los chantas. En el estadio terminal, el chanta sabe que es un chanta y lo asume

interiormente; cauteriza su conciencia para que esta no hiera. Se llega así al hipócrita que miente descaradamente.

Gracias a Dios la mayoría de los chantas pertenecen a la primera categoría; base piramidal de los chantas y ramo el más extendido en nuestra sociedad. Tener *un* amigo o un conocido chanta es una gracia; lo ordinario es tener *muchos*. Un amigo chanta (a secas) es una persona que suele alegrarnos los momentos triviales de la vida, pero entristece los fundamentales. Con un chanta uno puede pasar un buen rato, pero no puede compartir los problemas reales y menos hallar apoyo. Porque un amigo chanta no ayuda verdaderamente. Cuando estamos con uno de estos en un café probablemente diga: “pago yo”, pero a la postre tendremos que sacar nuestra billetera y dejar la plata sobre la mesa. Un amigo chanta se ofrece a hacernos cientos de favores (que, si lo conocemos, no aceptaremos) pero después ni se acuerda de haberse comprometido; un amigo chanta nos promete colaboración, pero ésta no llega jamás (y ni siquiera podremos reprochárselo porque es un mago para eludir el tema... o para hacernos creer que realmente hizo algo por nosotros). Un amigo chanta nos dice “confía en mí”, y el iluso que lo hace queda ensartado como un pollo en el espetón. Un amigo chanta nos dice “ya vengo”, y no vuelve más; nos invita a su casa como si nuestra visita fuese tan esperada como la Parusía de Jesucristo, pero cuando llegamos nos dicen que “salió hace un ratito”, o “ya vuelve” y no aparece en toda la tarde. Un amigo chanta nos ofrece una mano y, si la aceptamos, al poco tiempo estamos nosotros trabajando “a cuatro manos”: dos para continuar lo que ya hacíamos y otras dos (que tenemos que sacar de atrás de las orejas) para tapar los agujeros que nos dejó la ayuda del chanta.

La culpa de que haya tantos chantas la tienen también los que no son chantas. Sucede como con los gorilas que haraganean en el zoológico: la gente les tira manías, galletitas y chocolates para ver si hacen algo por el espectáculo, y en vez de hacer monadas, se vuelven más haraganes, vividores y aprovechadores del público. El chanta se hace cada vez más chanta porque los que no son chantas en lugar de escarmentar siguen confiando en él, pidiéndole favores, creyendo en sus promesas y contando con su

ayuda. ¡Cuántas veces nos ha clavado el amigo chanta! ¡Y todavía nos queda un resto para creerle de nuevo!

4. Qué esperanza tiene el chanta

El Espíritu Santo a los chantas los tiene cruzados. Ya al simple chanta, o chanta a secas, le ha prometido con toda la solemnidad divina de la que Dios hace muestras a veces, vomitarlos de su boca (cf. Ap 3,16). Si de allí debemos subir la escala de castigos, ¡Dios nos libre!

El término chanta no aparece en la Biblia, pero el chanta sí. Allí se lo llama necio y Dios lo zurra que da calambre. ¡Las cosas que dice el Padre eterno del chanta! Lo trata de estúpido, vacío, arruinador, terco, insensato, corrompido, imprudente, entristecedor de sus semejantes, jactancioso (mandaparte), bocón, inestable, indócil, desubicado y orgulloso.

No da mucha esperanza de su recuperación pues dice que aunque se lo machaque en un mortero no se apartará de su chantunez o necedad (Prov 27,22) y volverá a sus andanzas como el perro vuelve al vómito (Prov 26,11). Incluso lo considera más peligroso que una osa privada de sus cachorros (Prov 17,12).

Es muy difícil que una psicología así (incluso en sus primordiales escalones) sustente una espiritualidad seria; el chanta es un mediocre empecinado. Para curar un chanta de su chantunez pueden ser útiles un sacerdote, un buen amigo o un psiquiatra, según los casos y la gravedad. Para ser realistas, el comienzo del proceso de conversión puede hacerlo cualquiera de los tres; en rigor, el que tenga mejor rechazo para patear penales, porque solo una pateadura de burro que desde el cóccix eleve el mensaje hasta el intelecto agente es capaz de lograr que un chanta se haga cargo de la seriedad de su problema. Pero al sacerdote, estando más relacionado con la misericordia que con la severidad, cuadraría mejor resignarse a atajar al pateado y no a patearlo él mismo, aunque llegado el caso puede intentar por sus propios medios este “momentum” terapéutico. El psiquiatra, de su parte, puede comprometer su profesionalidad con el referido tratamiento (o exponerse a una demanda). De ahí que por lo

general un chanta necesite el patadón de un buen amigo, el consuelo y la reconciliación de un sacerdote y la ayuda de un psiquiatra para recomponer su personalidad lastimada. No conozco otra vía *efectiva* y ni siquiera por esta pongo las manos en el fuego. Si no están dispuestos a convertirse radicalmente (desde los intestinos hasta la sutil línea que divide el alma del espíritu, en el decir de san Pablo) poniendo de su parte todo lo que tienen que poner (sudor, lágrimas y rodillas), no tienen salida. No los sacaré del pozo ni la vista de un muerto, como dice Jesús en la parábola del chanta rico, quien después de haber pasado una vida de chanta, estando en el infierno pide a Abraham que mande un difunto a sus familiares para que ellos se conviertan y no se achicharren con él; pero Jesús pone en boca del Patriarca aquella lapidaria sentencia: si no le creen a Moisés y a los profetas, es decir, a la revelación que ya tienen escrita, no los estremecerá ni la aparición de una momia. Los chantas posteriores a la Encarnación tienen todas las amonestaciones, lecciones, enseñanzas y reproches de Jesucristo, entre los cuales varios “¡ay!”, es decir, avisos inquietantes: *¡ay de vosotros!*, *¡ay de vosotros!* Ay de ustedes, chantas de pelaje vario, que surfean por la vida sin dejar estela, salvo el recuerdo amargo de las estacadas en que dejaron a todos los que confiaron imprudentemente en su colaboración. Si no le hacen caso a Jesucristo menos se van a corregir por este artículo²³.

Un tipo que conoció una pila de chantas fue Dante. Y les tomó una bronca bárbara y comprensible. En la *Divina Comedia* los mandó al infierno, por supuesto. Pero reservándoles un castigo especial: los dejó en la puerta. No por eso la pasan mejor que los demás condenados; en su Averno zafan mejor los lujuriosos que los chantas, a quienes el poeta florentino llamó “ignavi” (ignavos). Ignavia significa pereza, desidia, flojedad de ánimo o simplemente cobardía para emprender cualquier obra seria o para hacerla seriamente. Dante llama así a los “neutrales”, los que nunca se jugaron por nada; los que todo lo hicieron a medias. En castigo los expulsa del cielo y del infierno: el cielo no los quiere

²³ Después de varios años de escrito y publicado, esto me consta.

porque fueron chantas, y el infierno porque tampoco se jugaron por el diablo. El Poeta los condena a correr eternamente detrás de una bandera cuyos colores no pueden (teniendo que jugar obligatoria y eternamente sin saber qué camiseta visten o cuál es su equipo). No se ilusionen los chantas: es solo una ficción poética. En la realidad los chantas corren serio peligro de condenarse en círculos harto oscuros, y a veces se les siente por anticipado un tufillo a empanada quemada.

También en el ambiente religioso pulula esta raza. Hay seminaristas, monjas, religiosos y sacerdotes chantas (y en todos los grados de la jerarquía). Menciono solo al sacerdote chanta por ser yo del gremio y para que no se sientan ofendidos los demás. Este hiede a cien leguas de distancia. Improvisa todo, se confía en que –por lo general– zafa bien de las situaciones que exigen responsabilidad; en sus sermones, charlas, conferencias, etc., chapucea, suple seriedad con facundia (que algunos tienen en abundancia), tiene autonomía de palabra sin gasto de ideas (en lo que es muy económico), y se repite con odiosa regularidad. Se especializa en hacer creer a sus oyentes que son muy importantes ciertos temas de los que él no tiene mucha idea pero le suenan o le vienen a mano para decir algo; en el mejor de los casos vive de prestado robando ideas de otros (lo cual no estaría mal si las asimilara para sí mismo sin limitarse a cortar, pegar y leer sin saber qué lee o predica); no estudia ni lee nunca cosas serias o buenas, ni profundas ni difíciles; termina siendo un estafador de la Palabra. Se llega a acostumbrar tanto a este modo de vida que se entumece y pierde la conciencia de la gravedad de su estado. Su ministerio y su ardor sacerdotal necesitan la extremaunción. Cuando era seminarista, Mons. Tortolo nos daba semanalmente una charla espiritual, glosando textos de Guardini, Mercier, Capánaga y otros autores. En una oportunidad, al llegar pidió disculpas y dijo que por varios imprevistos del día no había tenido tiempo de preparar la charla, y por esa razón se tomaría el atrevimiento de usar un artículo que él mismo había escrito y publicado unos años atrás. Con toda candidez uno de los jóvenes le dijo que improvisara algún tema, pues le sobraba talento y ciencia para ello (y razón no le faltaba). Mons. Tortolo se puso

serio y en un tono que no admitía apelaciones dijo: “yo considero que el predicador que habla sin haber preparado lo que tiene que decir comete pecado mortal”. ¡Elocuente criterio para enseñar la diferencia entre el chanta y el que no es!

Que nadie se ofenda al leer esto. No va con malicia ni para nadie en particular; con esta sogá se pueden ahorcar muchos perros, incluso el que lo escribe.